

para descaezar el sueño, en tanto que su muger estaba llorando al lado del lecho conyugal. Este hombre, después de haber concebido el plan de la conspiración, y dándole impulso, habia dejado la parte de acción á los hombres capaces de llevarla á cabo; y la suerte del pensamiento á la cobardía ó al vigor del pueblo. Esto no lo hacia porque el peligro le intimidase, sino por el profundo conocimiento teórico que tenia de las revoluciones. Danton sabia bien la filosofía de las tempestades, y estaba convencido de que una vez formadas es imposible dirigir las, y de que en las conmociones populares lo mismo que en las batallas, hay ciertas casualidades contra las cuales no puede hacer el hombre prudente sino echarse á dormir aguardando el desenlace, tal como la suerte lo prepare.

## LIBRO VEINTE Y DOS.

Los insurrectos emprenden su marcha. — Westermann se apodera del mando de la vanguardia. — Disposiciones que toma. — Sus antecedentes. — Roederer convence al rey de que debe trasladarse al seno de la Asamblea. — Decídese el rey á hacerlo. — Salida del rey de palacio. — Su paso por el jardín. — Aspecto de la Asamblea. — Palabras del rey. — Respuesta del presidente (Vergniaud). — El rey y su familia en la tribuna del logógrafo. — Respuesta del pintor David al rey. — Arresto de Suleau y de otros realistas. — Asesinato de estos. — Emoción de la Asamblea. — Los marseleses vuelven á atacar las Tullerías. — Defensa y matanza general de los suizos. — El pueblo saquea el palacio. — Deguellos. — Mrs. de Virien, de Lamartine y de Viomemé. — El joven Carlos de Antichamp. — El vizconde de Broves. — Las damas de honor y demas mugeres de la servidumbre de la reina. — Mrs. Sallas, Marchais y Diet. — Asesinato de Mr. de Clermont-Tonnerre. — Westermann en casa de Danton.

Apenas hubo Santerre tomado las últimas disposiciones con los comisarios de las secciones, cuando emprendió su marcha por el muelle enviando á decir á los marseleses, que el Puente Nuevo seria el punto de reunion de las dos columnas. Estas dos columnas, al son de las cajas de guerra, y de las canciones patrióticas, se confundieron en el mayor desorden en la plaza del Louvre, é introdujeron el Carrousel sin hallar en él el menor obstáculo. Un hombre montado en un caballo negro les precedía. En cuanto llegó á los postigos del Carrousel, se

apoderó del mando sin otro derecho que el de su uniforme, y sin otra orden que la autoridad de Danton. La turba le obedeció sin réplica por aquella necesidad de discrecion y de unidad que hace subordinadas á las masas en el momento del peligro. Al momento mandó desfilarse su tropa en buen orden, la formó en batalla en la plaza del Carrousel, colocó la artillería en el centro, y estendió sus alas de suerte que pudiesen circunvalar y dominar á los batallones indecisos aun, que parecían aguardar por quien se decidiera la suerte para pronunciarse. Tomadas estas disposiciones con el golpe de vista, y la sangre fria de un buen general, puso su caballo al paso, y se dirigió hácia la puerta del Patio Real, rodeado de un grupo de federados de Brest y de Marsella. En cuanto llegó allí llamó á la puerta con el puño del sable, y mandó con voz imperiosa que se abriese al pueblo. Westermann era de la Alsacia, hijo de una familia del estado llano que gozaba de bastantes consideraciones en el país. Mezclado en algunos negocios nada limpios, sobre falsificación de billetes del banco, había sido sentenciado á reclusión perpétua en San Lázaro. Su juventud y su actividad fermentaron dentro del estrecho recinto de una prision, así es que logró escaparse de su encierro el día antes que fuese tomada la Bastilla. Nombrado secretario del ayuntamiento de Haguenin, su belleza, su audacia y su elocuencia, le proporcionaron bien pronto un imperio absoluto sobre la poblacion, á la cual conmovió en el sentido de las nuevas ideas. Verificóse, sin embargo, una reaccion súbita en la opinion, y fué echado del pueblo. Muy pronto volvió á él en virtud de un decreto de la Asamblea constituyente; despues de haber habido una escaramuza entre las tropas de línea que le protegían, y la guardia nacional que no quería dejarle entrar. Su triunfo no fué sino de horas. Preso de nuevo por orden del departamento, y vuelto á encerrar en San Lorenzo para que continuase sufriendo allí su condena, se puso

bajo la inmediata proteccion de Danton, cuyo auxilio reclamó. Conociendo este último el mucho partido que podría sacarse de semejante hombre, le mandó poner en libertad el 9 de agosto; Westermann había olfateado desde muy lejos la guerra civil, y las fortunas militares que ocultan las revoluciones en su seno para los guerreros afortunados. Así es, que se había entregado enteramente á la causa del pueblo, resuelto á engrandecerse en ella ó á perecer. Danton hizo que se hallase de repente con un ejército á sus órdenes, y le encargó de dar direccion á aquellas turbas que él había sublevado antes. Tal era Westermann. Santerre, aunque era el comandante general, había conocido la superioridad del jóven alemán, y le había dejado el mando de la vanguardia y las contingencias de aquella expedicion.

Viendo Westermann que los suizos y los granaderos de la guardia nacional se negaban á abrir las puertas, hizo adelantar cinco piezas de artillería y les amenazó con echarlas abajo. Aquellas puertas eran de madera y tan viejas que no hubieran podido resistir á la primera descarga. Al aproximarse Westermann, los concejales Borrie, Leroux y Røederer, con los demas miembros del departamento, testigos presenciales de la indecision de las tropas, y por esta razon asustados en vista de la inminencia del peligro, subieron precipitadamente al cuarto del rey. La consternacion de sus rostros hablaba bastante por sí misma para que se viesen en la precision de hablar mucho. Luis XVI estaba sentado delante de una mesa que estaba á la entrada de su gabinete, con la cabeza entre las palmas de la mano en actitud de espera, y dispuesto á escuchar cuanto quisieran decirle. La reina con el rostro muy encendido estaba sentada al lado de madama Isabel, y los ministros entre la ventana y la mesa de despacho del rey; la princesa de Lamballe, madama de Tourzel y los niños estaban al lado de la reina.

«Señor, dijo Røederer al entrar en la pieza, el departamento desea hablar con V. M. sin otros testigos que su familia.» El rey hizo una seña y todos se marcharon excepto los ministros. «Señor, prosiguió el magistrado, no podeis aprovechar sino unos cinco minutos, ni el número ni las disposiciones de los hombres que se hallan reunidos aquí para defenderos, pueden garantizar vuestra vida y la de vuestra familia. Los artilleros acaban de quitar la carga á las piezas; la defeccion es general tanto en el jardín como en los patios, y el Carrousel está ocupado por los marseleses. Ya no hay seguridad para V. M. sino en el seno de la Asamblea. Esta es la opinion del departamento, único cuerpo constituido que es responsable en este momento de vuestra vida y de la existencia de la Constitucion.» — «Pues yo no he visto mucha gente en el Carrousel, dijo el rey.» — «Señor, replico Røederer, hay en aquel sitio doce piezas de artilleria, y el ejército innumerable de los arrabales que viene á unirse con los marseleses.» Mr. Gerdret, administrador del departamento y conocido de la reina, porque era uno de sus proveedores, apoyó lo mismo que estaba diciendo Røederer. «Callad, le dijo la reina, vos no debeis levantar aquí la voz: dejad hablar al sindico procurador.» Despues volviéndose á Røederer le dijo con alíveiz: «Caballero ¿pues qué no tenemos aquí fuerzas que nos defiendan? — Señora, contestó éste, todo Paris se dirige contra palacio.» En seguida, continuó su dialogo con el rey diciéndole: «Señor, el tiempo urge; ya no es una súplica la que os dirigimos; ya no es tampoco un simple buen consejo el que os damos, ya no nos queda mas que un recurso; os pedimos permiso para haceros violencia y llevaros á la fuerza á la Asamblea.»

El rey al oír esto, levantó la cabeza, miró de hito en hito á Røederer y estuvo así algunos segundos, como si quisiese leer en los ojos del magistrado, si aquellas demostraciones eran sinceras ó si trataba únicamente de

tenderle algun nuevo lazo; despues volviéndose hácia la reina é interrogándola con una mirada rápida: ¡Vamos! dijo, y se levantó inmediatamente. Al ver esto madama Isabel adelantando la cabeza por cima del hombro derecho del rey. «Señor Røederer! dijo, ¿me respondeis al menos de la vida del rey?» — «Si señora, tanto como de la mia» dijo Røederer, cuyo acento manifestaba que estaba muy dudoso de poder cumpirlo que tan terminantemente ofrecia. Entonces encargó mucho al rey que no se hiciese acompañar por ninguno de los personajes de la córte y que no llevase otra comitiva que el departamento y dos filas de guardias nacionales. Los ministros reclamaron el derecho de no separarse del poder ejecutivo. La reina hizo la misma peticion respecto á madama de Tourzel, aya de sus hijos, y el departamento accedió á ambas cosas. Røederer dirigiéndose en seguida hácia la puerta del aposento, dijo en alta voz á todos los que estaban afuera: «El rey y su familia se trasladan solos á la Asamblea, sin mas comitiva que el departamento y los ministros: abridles, pues.»

## II.

La noticia de la salida del rey para la Asamblea, se esparció bien pronto por todo palacio, donde produjo una consternacion entre sus defensores que no hubiera sido mayor cuando les hubiesen dicho que la monarquía habia caído para no volverse á levantar jamás de entre sus ruinas. Únicamente el respeto era capaz de contener la indignacion general, y el dolor de los suizos y de los caballeros cuya sangre y brazos parecia tenerse en poco al adoptar semejante resolucíon. El llanto de la desesperacion y de la vergüenza, corria por los rostros de aquellos guerreros que creian que no se confiaba en su valor. Al-

gunos de ellos se arrancaron las cruces de San Luis que adornaban sus pechos y rompieron sus espadas con los pies.

En tanto que Mr. de Lachesnaye hacia adelantar el zaguane que habia de escollar al rey, éste se detuvo unos cuantos minutos en el gabinete, y recorriendo lentamente con la vista el círculo formado á la entrada de él por las personas mas de su aprecio, les anunció su resolución. La reina, sentada é inmóvil, ocultaba su rostro en el seno de la princesa de Lamballe. Llegó por fin la escolta, y la régia comitiva desfiló en silencio por medio de una multitud de personas en cuyo rostro se manifestaba la mas horrorosa consternacion. Los ojos no se atrevian á encontrarse con otros ojos. Al atravesar la sala llamada del Ojo de Buey, el rey, sin hablar una palabra, quitó el sombrero al guardia nacional que iba á su derecha y puso sobre la cabeza de éste el suyo que tenia una pluma blanca. Alónito el guardia nacional, se quitó respetuosamente aquel sombrero y se lo puso debajo del brazo, quedándose con la cabeza descubierta. Ninguno ha sabido hasta ahora qué idea tuvo Luis XVI al hacer este cambio. ¿Se acordaba acaso del gorro encarnado que puesto en su cabeza habia adulado al pueblo el 20 de junio, y queria tal vez popularizarse ante la guardia nacional, poniéndose parte del uniforme del ejército cívico? Nadie se atrevió á preguntarle por qué habia hecho aquello; pero de todos modos, no puede atribuirse á miedo en un príncipe tan impasible ante el ultraje, y tan sereno en presencia de la muerte.

En el momento de abandonar el peristilo y de dar el último paso fuera del umbral de su palacio, el rey, dirigiéndose al sindico procurador le dijo: «¿Y qué va á ser de todos nuestros amigos que se han quedado arriba? Roederer tranquilizó al rey sobre la suerte de estos diciendo que no habia ningun inconveniente en que saliesen los que estuviesen sin armas ni uniforme, asercion

involuntariamente engañosa que el tiempo y la muerte iban á desmentir muy en breve. En fin, en los mismos escalones que hay entre el vestibulo y el jardín, Luis XVI tuvo el último presentimiento de su destino y el último remordimiento de su abdicacion voluntaria. Volvióse hacia los patios, miró por encima de las cabezas de los que le seguian; paróse y dijo á los miembros del departamento: «A mí me parece que no hay mucha gente en el Carrousel.» Estos volvieron á repetirle lo mismo que le habia dicho Roederer. Escuchólos, aunque al parecer sin creerlos, y dió el último paso fuera del umbral como un hombre fatigado ya de contradecir y que cede mas bien al cansancio y á la fatalidad que á la conviccion.

### III.

El rey atravesó el jardín sin obstáculo entre dos filas de bayonetas que marchaban al mismo paso que él. Iban á la cabeza el departamento y los concejales, la reina se apoyaba en el brazo de Mr. de Saint Priest, y los niños cerraban la marcha. El vasto espacio de jardín que se estiende de una azotea á otra estaba desierto; las con-signas de las tropas no dejaban estacionar á nadie ni aun en el terraplen de los Fuldenses, abierto siempre para el pueblo. Los parterres, las flores, las estatuas y los céspedes, brillaban como en una hermosa mañana de verano. El sol ardiente, se reverberaba en la arena. El cielo estaba despejado y no corria nada de aire. Nada turbaba el profundo silencio de aquellos vastos lugares sino el paso acompasado de las columnas y el gorgojo de las aves en las ramas de los árboles. Parecia que la naturaleza ignoraba lo que pasaba aquel día en el corazón de los hombres. Ella hacia brillar aquel luto como si hubiese sonreido en un día de fiesta y de regocijo. Los precoces

calores de aquel año, habían secado las hojas de los castaños de las Tallerías. Cuando la comitiva entró debajo de aquellos árboles, se hundían los pies en la multitud de hojas que habían caído aquella noche, y que los jardineros acababan de amontonar en el camino para llevárselas luego a otra parte. El rey reparó en esto, y ya fuese por una indiferencia afectada, ó ya por una triste alusión á su suerte, dijo á los que le acompañaban: «¡Cuántas hojas hay por aquí; muy temprano caen este año!» Pocos días hacia, que Manuel había escrito, que el trono no duraría hasta la caída de la hoja. El delfín que iba al lado de madama Tourzel, se entretenía en amontonar aquellas hojas secas con los pies, y en tirarlas hácia donde iba su hermana. ¡Niño infeliz que iba jugando lleno de candor y de inocencia por el camino del patíbulo!

El presidente se separó en este sitio de la comitiva para ir á avisar á la Asamblea de la llegada del rey, y del motivo que allí le dirigía. La lentitud de la marcha dió tiempo suficiente para que saliese una diputación del cuerpo legislativo á recibirle antes que acabase de atravesarle. «Señor, (le dijo el que iba presidiendo), la Asamblea solicita por atender á vuestra seguridad, os ofrece un asilo en su seno á vos y á vuestra familia. Los representantes se incorporaron á la comitiva, y siguieron al rey.

La marcha de las columnas por medio del jardín, fué notada desde el café Hostat, y desde las ventanas del Picadero, y la aproximación del rey anunciada en los grupos, había agrupado de repente la multitud al lado de la azotea de los Fuldenses que era preciso atravesar para ir desde el jardín al recinto de la Asamblea. En cuanto llegó la comitiva al pie de la escalera que conduce desde la calle de árboles al terraplen, una masa compacta de hombres y mugeres gesticulando como unos furiosos trataron de impedir el paso á la familia real. «¡No, no, decían, no vendrán ya á engañar otra vez á la nación!

¡Es preciso que esto se acabe! ¡Abajo el *Veto!* ¡abajo la Austriaca! ¡La destrucción ó la muerte!» Mil ademanes insultantes y mil gestos amenazadores acompañaban á estas palabras. Un hombre colosal, vestido de gástor, llamado Rocher, gefe por lo comun de todos los alborotos del Picadero, se distinguía entre toda aquella multitud por sus descompasados gritos y por el frenesí de sus insultos. Detrás de él, otros hombres mas pacíficos en la apariencia, pero de fisonomías siniestras, atizaban constantemente el furor del pueblo. Rocher tenía en la mano un palo muy largo que blandía por cima de la comitiva régia y con el cual se empeñaba en pegar al rey. Entonces, los diputados arengaron á aquella multitud, asegurándola, que si el rey y su familia se hallaban en la Asamblea, era porque esta había espedido un decreto para que se trasladasen allí. La agresión cesó algun tanto al oír estas palabras, y Rocher se dejó desarmar por el síndico procurador que tiró aquel palo al jardín. Autorizada la escolta por otro nuevo decreto para penetrar en el salón de sesiones del poder legislativo, formó á dos de fondo en el terraplen, con lo cual pudo el rey llegar hasta la entrada del pasadizo que hay entre el terraplen y el local de la Asamblea.

Algunos hombres de la guardia del cuerpo legislativo le recibieron allí, y marcharon á su lado. «Señor, le dijo con acento meridional uno de estos hombres, no tengais miedo, el pueblo es bueno, pero no quiere que se le haga traición por mas tiempo. Sed buen ciudadano, señor, y separad de vuestro palacio á vuestros capellanes y á vuestra muger!» El rey respondió sin enfadarse á este hombre. La multitud llenaba el pasillo estrecho y sombrío: un movimiento tumultuoso é irresistible separó por un momento á la reina del rey y de sus hijos que la precedían; la madre temblaba por su hijo. El mismo gástor que acababa de amenazar de muerte á la reina, se compadeció de pronto de aquellas angustias de la muger, y tomó al delfín que ella llevaba de la mano, lo levanto

en sus brazos por cima de la multitud, lo llevó delante de ella abriéndose paso con los codos, entró en la sala detrás del rey, y dejó, con aplauso de la tribuna, al príncipe real sobre la mesa de la Asamblea.

## IV.

El rey, su familia y los dos ministros, se dirigieron hácia el banco destinado á los ministros, poniéndose al lado del presidente: Vergniaud era el que presidía. El rey le dijo: «He venido aquí para evitar un gran crimen: porque pienso que no podré estar seguro sino entre vosotros.—Podeis contar, señor, respondió Vergniaud, con la firmeza de la Asamblea nacional; sus miembros han jurado morir por sostener los derechos del pueblo y á las autoridades constituidas.» El rey se sentó. La Asamblea era poco numerosa; un silencio de estupor reinaba en la sala, y las fisonomías estaban melancólicas: las miradas respetuosas y compasivas, se fijaban involuntariamente en el rey, la reina, madama Isabel, en la joven princesa que se hallaba en toda la belleza de su adolescencia, y en el príncipe que la reina tenía de la mano limpiándole el sudor de la frente. El rencor se amortiguaba ante el sentimiento de las vicisitudes repentinas que acababan de arrancar á este rey, á este padre, á aquellos niños y á aquellas mujeres de su morada, sin saber si volverían mas á ella. ¡Jamás la suerte dió mas dolorosos secretos en espectáculo! Eran estas las angustias del corazón humano en toda su desnudez: el rey las ocultó impasible, la reina con dignidad, madama Isabel con resignación, la infanta con lágrimas, y el delfín con indiferencia. El público no advirtió nada que desmintiese la dignidad del rango, del sexo, de la edad y del momento. La fortuna parecía que habia encontrado almas iguales á sus golpes.

## V.

La deliberacion conmenzó. Un miembro se levantó é hizo observar que la Constitución prohibia deliberar delante del rey. «Es cierto,» dijo Luis XVI inclinando la cabeza.

Para obedecer á este escrúpulo irónico de la Constitución en el momento en que ya no existía, se decretó que el rey y su familia se situarian en una tribuna de periodistas que llamaban del logógrafo.

Esta tribuna de diez pies en cuadro, estaba detrás del presidente á nivel de los bancos mas elevados de la Asamblea, y separada de la sala por una reja de hierro asegurada en la pared; allí se condujo al rey: los jóvenes escritores que copiaban los discursos para reproducir literalmente las sesiones, se estrecharon un poco, para dejar sitio á la familia de Luis XVI. El rey se sentó en la delantera de la tribuna, la reina en un rincón para ocultar su cara en la sombra; en una banqueta de paja pegada á la pared, madama Isabel, los infantes y su aya: y en el interior de la tribuna los dos ministros, algunos oficiales de la casa real, el duque de Choiseul, Carl, comandante de la gendarmeria de á caballo, monsieur de Santa Cruz, Dubouchage, el príncipe de Poix, los señores de Viomenil, de Montmorin, d'Hervilly y de Briges, cortesanos de la agonía del trono se quedaron en pie cerca de la puerta. Un piquete de granaderos de la guardia de la Asamblea con algunos oficiales superiores de la escolta del rey, ocupaban el pasillo é impedían que circulase el aire; el calor era sofocante y el sudor corría por la frente de Luis XVI y de sus hijos. La Asamblea y las tribunas que se llenaban por momentos, parecían exhalaban un calor semejante al de un horno en aquella angosta embocadura. La agitacion de la sala, las mo-

ciones de los oradores , las peticiones de los seccionarios y el murmullo de las conversaciones entre los diputados por la parte de dentro : el tumulto del pueblo , los ataques dados por él á las puertas para forzar las centinelas , los alaridos de los grupos , los gritos de los sicarios que empezaban el degüello en el patio del Picadero , las súplicas de las víctimas , los golpes de muerte , los cuerpos que caían formaban un ruido horroroso por la parte de afuera.

Apenas el rey llegó á este asilo , cuando un clamor redoblado del exterior , hizo temer que las puertas cediesen y que el pueblo viniese á inmolar al rey encerrado en aquella especie de calabozo. Vergniaud dió orden de arrancar la reja que separaba la tribuna de la sala , para que Luis XVI pudiese refugiarse en medio de los diputados , si la invasion del pueblo era por los corredores : á falta de albañiles y herramientas algunos diputados mas próximos al rey , así como Mr. de Choiseul , el príncipe de Poix , y los ministros y el rey mismo , acostumbrado á servirse de las manos , para sus rudos trabajos de cerrajería , unieron sus esfuerzos y arrancaron la reja de su sitio. Gracias á esta precaucion , aun quedaba al rey alguna esperanza contra el hierro del pueblo ; pero la magestad real permanecia al descubierto ante los enemigos que tenia en la sala : las conversaciones de que era objeto , llegaban sin obstáculo á sus oídos , viendo y entendiéndolo todo ; espectadores y víctimas á la vez , las personas reales presenciaron por espacio de catorce horas su propia degradacion.

En la tribuna misma del logógrafo , un hombre jóven aun , y que se distinguió por sus servicios , Mr. David , en fin , célebre pintor , que fué despues cónsul general y diputado ; notaba respetuosamente para trasmitirlos á la historia , andando el tiempo , la actitud , la fisonomía , los movimientos , las lágrimas , el color , la respiracion y las contracciones de los músculos de los semblantes de

la familia real , durante aquellas interminables horas.

El rey estaba tranquilo y sereno , sin tomar parte en los acontecimientos como si asistiese á un drama en que otro fuese el protagonista. Su robusta naturaleza le hacia sentir las necesidades del cuerpo , y la precision de tomar alimento , aun bajo las impresiones de su alma ; nada se suspendió en aquella poderosa vida hasta la agitación de su espíritu punzaba sus sentidos , teniendo ganas de comer á la hora regular en que lo hacia otros dias. Le trajeron pan , vino y algunos fiambres , y comió , bebió y trinchó un ave con tanta calma como si se encontrase en una reunion de cazadores , despues de un largo paseo á caballo por los bosques de Versalles. En aquellos momentos el hombre físico era en él , superior al hombre sensible.

La reina , que sabia que las calumnias populares convertian la necesidad de comer del rey en grosera sensualidad y aun en embriaguez , padecia interiormente por verlo comer en semejantes momentos. No quiso por consiguiente tomar nada , y su familia la imitó. Ella estuvo en aquel largo rato silenciosa , con los labios cerrados , los ojos ardientes y secos , y las megillas encendidas : su aspecto era triste y abatido , pero siempre firme : con los brazos caidos descansando en sus rodillas , como si los tuviese atados ; manifestando en el semblante la espresion y la actitud de un héroe desarmado que no puede combatir ya , pero que luchaba aun contra la fortuna.

Madama Isabel , de pie detrás de su hermano , sin apartar su vista de él , parecia el ángel custodio de aquella familia. Ella no tomaba parte en las escenas que la rodeaban sino en el interés del rey , de la reina y de sus hijos ; el dolor no aparecia en ella sino con relacion á los padecimientos de los demas , y levantaba con frecuencia los ojos al cielo notándose que estaba orando interiormente.

Madama Real vertia gruesas lágrimas que el calor

secaba en sus mejillas: el joven delfín miraba á la sala y preguntaba á su padre el nombre de los diputados. Luis XVI se los iba diciendo sin que se notase en su semblante ni se reconociese en su voz si nombraba á un amigo ó á un enemigo. Alguna vez dirigió la palabra á los que pasaban por delante de la tribuna para ir á los bancos: los unos se inclinaban con la espresion de un doloroso respeto, otros volvian la cabeza fingiendo no verlo. La catástrofe mitigó la irritacion, y el decoro suspendió los ultrages. Uno solo fué cruel, el pintor David. El rey, habiéndolo reconocido entre los que acudieron para verlo, á la puerta de la tribuna, le preguntó si acabaría con su retrato. «Yo no haré nunca el retrato de un tirano, respondió David, sino cuando su cabeza rueda delante de mí en el cadalso.» El rey bajó los ojos y devoró el insulto. David se engañaba; un rey destronado no es mas que un hombre; una palabra que hubiese sido enérgica ante la tiranía, se convirtió en una baja cobardía ante la adversidad.

## VI.

Mientras que la sala se llenaba y permanecía en aquella espectacion agitada pero inactiva que precede siempre á las grandes resoluciones, el pueblo, á quien ninguna fuerza armada contenia por el lado de la calle de San Honorato, habia invadido el patio de los Fuldenses y hasta el umbral mismo de la Asamblea, pidiendo á grandes gritos que se le entregasen veinte y dos prisioneros realistas cogidos aquella noche en los Campos Elíseos por la guardia nacional.

A estos prisioneros se les acusaba de haber formado parte de las patrullas secretas esparcidas en diferentes cuarteles por la corte para examinar la disposicion del

pueblo y para dirigir los golpes de los satélites de palacio. Los uniformes de estos presos, sus armas y las tarjetas de entrada para las Tullerías que se les hallaron, probaban, en efecto, que eran guardias nacionales y voluntarios adictos al rey, enviados á las cercanias del palacio para conocer mejor los medios de defensa: á medida que se les habia detenido se les habia depositado en el puesto de la guardia nacional establecido en el patio de los Fuldenses. A las ocho llevaron allí un joven de treinta años, con uniforme de guardia nacional. Su aspecto irritado y fiero, la elegancia marcial de su trage, la brillantez de sus armas y el nombre de Suleau, odioso al pueblo, que algunos pronunciaban viéndole pasar, atraieron las miradas de todos sobre él.

Era en efecto Suleau, uno de esos escritores realistas que como Andrés Chenier, Roucher, Mallet-Dupan, Serrezy y muchos otros, habian abrazado el dogma de la monarquía en el momento en que parecia que se repudiaba por todo el mundo, y que seducidos por el peligro mismo de su papel, tomaban la generosidad de su carácter por la conviccion de su espíritu. La libertad de la imprenta era el arma defensiva que habian recibido de la Constitucion, y de la que se servian con valor contra los escesos de la libertad: pero las revoluciones no quieren armas sino en manos de sus amigos. Suleau habia hostigado á los partidos populares, tanto en folletos sangrientos contra el duque de Orleans, como por sarcasmos ingeniosos contra los jacobinos, habiéndose burlado del poder del pueblo, cuya ira, aunque corta, es implacable en sus venganzas. El populacho aborrecia á Suleau, como toda tiranía aborrece á su Tácito. El joven escritor mostró inútilmente una orden de los comisionados municipales en la que se le mandaba ir al palacio, y lo llevaron al cuerpo de guardia. Su nombre habia atraído y envenenado á la multitud, que pedia á gritos su cabeza. Un comisario municipal al ver esto, se subió en un poyo

para arengar á la muchedumbre por ver si podia evitar el crimen, prometiendo que se haria justicia. Lambertina de Mericourt, en traje de amazona y con el sable desnudo en la mano, precipitó al comisario de lo alto de aquella especie de tribuna y lo reemplazó, enardeciendo con sus palabras la sed de sangre del pueblo, que la aplaudió estrepitosamente é hizo nombrar por aclamacion unos comisionados que subiesen con ella al comité de la seccion, para arrancar las víctimas á la lentitud de las leyes. El presidente de la seccion, Boujour, oficial primero de la secretaria de marina, y ambicioso de ser ministro, prohibió á la guardia nacional que resistiese á la voluntad del pueblo. Doseientos hombres armados obedecieron esta orden y entregaron los presos. Once de entre ellos se escaparon por una ventana; los restantes fueron sitiados en el puesto y llamados uno á uno para ser inmolados en el patio. Algunos guardias nacionales, mas humanos ó menos cobardes, quisieron, á pesar de la orden de Boujour, disputárselos á los asesinos. «No, no, dijo Suleau, ¡dejadme ir delante! Veo que hoy el pueblo quiere sangre, puede ser que una sola victima les baste; yo pagaré por todos,» y fué á arrojarse por la ventana, pero le detuvieron.

## VII.

El abate Bongon fué cogido antes que él; este era un autor dramático. Hombre de una estatura colosal y con brazos de hierro, luchó con la energía de la desesperacion contra los degolladores, arrastró á muchos en su caída, y acosado por el número fué hecho pedazos.

Mr. de Solminiac, antiguo guardia del rey, pereció el segundo y despues otros dos; los que estaban esperando su suerte en el cuerpo de guardia, oyendo los gritos y la lucha de sus compañeros, morian muchas veces. Lla-

maron luego á Suleau, á quien habian ya despojado de su gorra de granadero, del sable y de la cartuchera, pero sus brazos estaban libres. Una muger se lo enseñó á Lambertina de Mericourt, que no lo conocia personalmente, pero que lo aborrecia y que ardía en deseos de vengarse de las burlas á que la habia espuesto con sus escritos; Lambertina lo asió por el cuello y lo arrastró; Suleau se desprendió de ella y arrancando un sable de las manos de un degollador, trató de abrirse paso hácia la calle para escaparse. Entonces corren tras él, le asen por detrás, le echan al suelo, le desarman, le clavan las puntas de veinte sables en el cuerpo, y espira á los pies de Lambertina; le cortan la cabeza y la pasean en seguida por la calle de San Honorato.

Por la noche un fiel criado compró á peso de oro aquella cabeza de mano de uno de sus asesinos, que habia hecho de ella un trofeo. El leal doméstico buscó el cadáver y entregó estos restos desfigurados á la jóven esposa de Suleau, casada con él hacia dos meses, é hija del pintor Hall, muger célebre por su belleza y que llevaba en su seno el fruto de aquella unión.

Durante la lucha de Suleau con sus asesinos, dos presos se sustrajeron á la atencion del pueblo y consiguieron escaparse. Uno solo quedaba, que era el jóven Vegier, guardia de corps del rey: la naturaleza parecia que se habia complacido en hacer de él el tipo de las formas humanas. Su belleza, admirada de los estatuarios, era un modelo, y llamaba la atencion de la multitud en los lugares públicos: tan valiente como bello, y tan diestro como fuerte, empleó para defender su vida todo lo que su alta estatura, la fuerza de sus músculos, el aplomo de su cuerpo y el vigor de su brazo podian hacer. Solo y desarmado contra sesenta, cercado, derribado y vuelto á levantar sucesivamente, enrojeció con su sangre todas las losas y causó muchas veces á sus asesinos, durando su desesperada defensa mas de un cuarto de hora.

Dos veces se escapó, pero asido otras tantas, no cayó hasta que el causancio le rindió, sucumbiendo al número: su cabeza fué el trofeo de este combate, y aun se la admiraba al verla en la punta de una pica, en donde la habian clavado sus sicarios. Esta fué la primera sangre derramada en aquella jornada, sangre que no hizo sino irritar mas al pueblo.

## VIII.

La salida del rey, habia dejado al palacio en la incertidumbre y en la turbacion. Una tregua tácita parecia haberse establecido por sí misma entre los defensores y los sitiadores. El campo de batalla se trasportó de palacio á la Asamblea, porque la monarquía se iba á levantar de nuevo, ó á hundirse allí para siempre. La conquista de un palacio vacío iba á costar únicamente una sangre derramada sin objeto plausible, y las avanzadas de los dos partidos lo comprendieron así; sin embargo, por un lado, el impulso dado tanto tiempo hacia á una masa inmensa de pueblo, no podia aun detenerse por sí misma, al solo anuncio de la retirada del rey á la Asamblea, y por otro, las fuerzas militares que el rey habia dejado en las Tullerías sin mandarlas que se retirasen, no podian al menos sin recibir una contra-órden, entregar la mansion real y rendir las armas á la insurreccion. Un mandato terminante del rey podia prevenir este choque, autorizando una capitulacion, pero este príncipe al abandonar las Tullerías, no habia abdicado aun la esperanza de volver. «Volveremos pronto» dijo la reina á las damas que la esperaban en sus habitaciones. La familia real no vió en los acontecimientos de aquella noche, sino los preparativos de un segundo 20 de junio, y no se refugió en la Asamblea sino para intimar con este paso

al cuerpo legislativo la obligacion de defenderla; descargarse de la responsabilidad del combate y no pasar los peligros estremos de aquellas horas de ansiedad. El mariscal de Mailly á quien el rey habia confiado el mando de las tropas, tenia órden de impedir á toda costa la violacion del domicilio real.

Dos esperanzas vagas quedaban todavia en lo íntimo del pensamiento del rey y de la reina, durante las primeras perplejidades de esta jornada. La primera era que la mayoría de la Asamblea, conmovida por el abatimiento del trono y envanecida por darle asilo, tendria bastante generosidad é imperio sobre el pueblo, para volver al rey á su palacio y vengar con este paso al poder ejecutivo. La segunda era que el pueblo y los marseleses, empujando el combate á las puertas del palacio, serian destruidos por los suizos y por los batallones de la guardia nacional, y que la victoria ganada en las Tullerías desembarazaria al rey de la Asamblea. Si no fué esta la esperanza del rey y de sus consejeros, ¿es creíble que este príncipe dejase pasar desde las siete hasta las diez de la mañana, sin enviar á sus defensores, por un ministro ó por uno de los numerosos generales que lo rodeaban, la órden de capitular y replegarse, asegurando con solo esto tantas vidas comprometidas por su silencio? Luego esperaba un acontecimiento cualquiera sea interior ó exteriormente. Su sola culpa fué no haberle dirigido. Aun despues de haber puesto á su muger, á su hermana y á sus hijos bajo la proteccion de la Asamblea, podia volver á palacio con su escolta, reunir sus defensores y esperar el asalto. Si quedaba vencedor, tendria el prestigio que dá la victoria, si vencido, no caeria en mayor infortunio, y al menos caeria como rey.

El palacio desprovisto de parte de su guarnicion y de toda su fuerza moral, por la ausencia del rey y de su escolta, se asemejaba mas en este momento á un lugar público, henchido de una multitud confusa, que á un cuartel general. Nadie daba órdenes ni nadie las recibia; todo se hacia por casualidad. Entre los suizos y los nobles unos hablaban de ir á la Asamblea á reunirse con el rey y morir defendiéndole aunque él no quisiese, y los otros de formar una columna de ataque, barrer con ella el Carrousel, tomar á la familia real y conducirla entre dos ó tres mil bayonetas á Rambouillet, y desde alli al ejército de La Fayette. Este último partido ofrecia probabilidades de buen éxito, pero todos eran capaces de proponer y ninguno de ejecutar: el tiempo devoraba estos vanos consejos, y las fuerzas disminuian. Doscientos suizos con Mr. Bahsmann, el estado mayor, y trescientos guardias nacionales de los mas resueltos, habian seguido al rey á la Asamblea y esperaban sus órdenes á las puertas del Picadero, no quedando en el interior de las Tullerías mas que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados y unos cien guardias nacionales, en todo unos mil combatientes, diseminados en una multitud de puestos. En los jardines y en los patios habia aun algunos batallones desordenados, y la artillería que estaba dispuesta á volver los cañones contra el palacio, pero la intrépida actitud de los suizos y las paredes solas de aquel edificio que con tanta frecuencia se habia pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, inspiraron al pueblo tal terror, que aflojó en su embestida.

A las nueve y diez minutos, las puertas del Patio Real fueron forzadas sin que la guardia nacional hiciese ninguna demostracion por defenderlas. Algunos grupos del pueblo entraron en el patio, pero sin aproximarse al palacio. Los contendientes se observaron y cruzaron de lejos algunas palabras que nada tenian de hostiles, pues parecia que esperaban de comun acuerdo lo que la Asamblea decidiese acerca del rey. Las columnas del arrabal de San Antonio, aun no habian llegado al Carrousel; tan pronto como empezaron á salir del dique y á desembocar en esta plaza, Westermann mandó á los marseleses que le siguiesen, entró el primero á caballo con las pistolas en la mano en el patio, y formó su tropa despacio y militarmente dando frente á palacio: el pueblo prorumpió al ver esta maniobra en aclamaciones de alegría abrazando á los artilleros y gritando: ¡Mueran los suizos! ¡Es preciso que entreguen las armas al pueblo!

Pero los suizos, impasibles en las puertas y en las ventanas del palacio, oian estos gritos y veian estas amenazas sin dar ninguna señal de emoción. La disciplina y el honor parecia petrificar á estos soldados: sus centinelas puestos bajo la bóveda del peristilo, paseaban con tanta serenidad como si estuviesen de guardia en los patios silenciosos y solitarios de Versailles. Cada vez que con este paso alternativo del soldado de centinela, se aproximaban al patio y á la vista del pueblo, la multitud intimidada, se replegaba sobre los marseleses, volviendo en seguida hácia palacio cuando los suizos desaparecian bajo el vestibulo: no obstante, esta multitud se hacia audaz poco á poco aproximándose mas cada vez. Unos cincuenta hombres de los arrabales y algunos federados concluyeron por avanzar hasta el pie de la escalera